

vase el río de Cuauhtitlán por el socavón del desagüe, porque no durando las avenidas más de dos ó cuatro horas, tendría tiempo de extenderse y disminuir su corriente en el socavón, y en la sequía no haría laguna; pero que para esto era necesario emprender las siguientes obras:

1.^a Fortificar la albarrada de dicho río, para que no entrara durante la estación de las lluvias en Zumpango y Citlaltepec, en una longitud de 4,000 varas. 2.^a Fortificar también en una longitud de 3,500 varas, de una pared á otra de cal y canto, el tajo abierto hasta la boca del socavón. 3.^a Ahondar el mismo tajo en una longitud de 610 varas, en partes una vara, en otras dos y en otras dos y media. 4.^a Ahondar el socavón viejo en una longitud de 5,748 varas, dos, tres y tres y media varas respectivamente, y fortificarlo con paredes y bóvedas de cal y canto, distribuídas en 3,000 varas y con buenos cimientos para que la obra fuera perpetua. En cuanto al costo y tiempo, se remitía al juicio de los alarifes.

Los maestros nombrados para manifestar su opinión acerca del proyecto presentado por Boot, consistente en cercar los edificios y casas de la ciudad y extraer las aguas por medio de máquinas, dijeron que lo que proponía el ingeniero ya estaba ejecutado, pues existía la albarrada que corría por la calzada de Guadalupe y pasaba defendiendo la ciudad por San Lázaro hasta llegar á la calzada de San Antonio: que había desde aquí otra inmediata á las casas de México hasta la Piedad, y luego un *callejón* de la misma altura que servía para lo dicho, el cual iba por la calzada de Chapultepec, Salto del Agua, corría por el mismo bosque, proseguía por la calzada hoy de la Verónica, hasta la huerta del marqués del Valle, hoy panteón inglés, continuando su curso por las casas de Agustín Guerrero, situadas en Santiago Tlatelolco, y desde aquí por terraplenes muy levantados hasta encontrar la calzada de Guadalupe: que estos diques ó calzadas tenían sus compuertas, en las partes y lugares más convenientes: que en cuanto á las máquinas que ofrecía, se usaban otros ingenios de menos costo y más útiles, y que substituirlos sería erogar nuevos gastos sin provecho alguno. Dieron el dictamen los maestros á 6 de Abril de 1615; y respecto al proyecto de Enrico Martin manifestaron que para dar su opinión

necesitaban visitar de nuevo las obras, pues muchos no las conocían, y otros hacía mucho tiempo que las habían visto.

El fiscal aprobó el proyecto de Enrico Martin, «moderando algunas de las condiciones;» el Ayuntamiento se remitió á lo que aprobaran el virrey y la Real Audiencia, y el Consulado aprobó lo propuesto por Enrico Martin, pero sin admitir que el río de Cuauhtitlán se desaguara por separado, sino en general con los lagos de Zumpango, Citlaltepec y avenidas de Pachuca, por medio de las obras practicadas, perfeccionadas y concluídas como lo ofrecía.

Todo lo cual examinado por el virrey y Audiencia, acordaron y resolvieron se desechase el proyecto de Boot, por no parecer conveniente, y se nombrara un oidor, que fué Don Pedro Xuares de Molina, para que fuera en unión de los maestros á examinar las obras de Enrico Martin, para que expresaran su juicio sobre el nuevo arbitrio que proponía, mas con brevedad para poder dar cuenta al rey por medio de informe que había de remitirse en la flota que estaba próxima á partir.

Visitado el desagüe de Huehuetoca por el oidor mencionado, en unión de Enrico Martin y los maestros cuyos nombres citamos más arriba, cada uno presentó su parecer por escrito, y el resumen de todos, como siempre, fué el de Alonso Arias, enemigo irreconciliable de Martin, quien una vez más negó la utilidad de las obras, expresó las mismas objeciones que había hecho á ellas otras veces, se opuso á las nuevas, declarándolas imposibles de hacerse en el tiempo y costo asignados, y manifestando que como las inundaciones que sufría la ciudad no eran frecuentes, sino accidentales cuando las lluvias aumentaban, las obras practicadas en tiempo de los virreyes, marqués de Montesclaros en 1604, y marqués de Salinas en 1607, eran suficientes para precaver á México del peligro.

¡Sólo la envidia y la venganza engendradas por el despecho, pudieron dictar juicio tan peregrino, haciendo la apología de obras que á todos era notorio habían sido inútiles é ineficaces en las grandes inundaciones!

Empero, en Junta celebrada por el virrey y oidores á 7 de Mayo de 1615, se acordó que se continuaran las obras bajo las bases propuestas por Enrico Martin, que á estas obras asistiera Adrián Boot,

mientras sus proyectos y planos respectivos eran enviados al rey para que resolviera sobre el asunto del desagüe.

Enrico Martin, por ser de justicia, recusó á Alonso Arias por el apasionado parecer que en contra de su proyecto había escrito, haciendo constar que era opuesto y enemigo declarado de su obra, que negaba los efectos manifiestos de ella, á pesar de lo que él mismo había visto, inquietaba á la República, procedía en contra de su conciencia, y que por tanto rogaba no se admitiese tal parecer que no podía hacer fe en juicio ni fuera de él.

Los autos de todas las diligencias practicadas fueron enviados al Consejo Real de las Indias con fecha 16 de Mayo del propio año de 1615, y de ellos pidió testimonio y se le mandó dar á Enrico Martin.

Cinco años después, en 31 de Enero de 1620, presentó Adrián Boot un escrito ó *Memorial* al Ayuntamiento, refiriendo las causas de su venida al país, los defectos que encontraba á las obras del desagüe, y los remedios que á su juicio podrían ponerse en ejecución. Nada nuevo dijo el ingeniero holandés. Las mismas viejas objeciones y los mismos viejos medios que había propuesto en años atrás. Consultado el virrey por la Ciudad, lo hizo así presente al Cabildo, y manifestó, que dada cuenta al rey de las proposiciones de Boot, el soberano había expedido con fecha 23 de Abril de 1616, y en Aranjuez, una Real Cédula, en la que mandaba que se prosiguieran las obras del desagüe empezadas, sin aprobar nada de lo propuesto por Boot.

Esta Cédula que estuvo sin publicarse desde Septiembre de 1616 en que llegó á México hasta Febrero de 1620, contiene los siguientes conceptos que creemos conveniente reproducir. «Que el Consejo de Indias no era de opinion que para libertar á la ciudad de inundaciones fuera necesario desaguar por completo la laguna de México, antes importaba que hubiera el agua suficiente para la navegación de las canoas y el servicio de la poblacion. Que debia procurarse que la laguna no aumentara sus aguas de manera que inundasen la ciudad, y para evitarlo se impidiera que las aguas de los acueductos y de las acequias penetraran á dicha laguna. Que las aguas peligrosas que habia que evitar entraran al lago de México, eran las del rio de Cuauhtitlan, avenidas de Pachuca y lagunas de Zumpango, Xaltocan y San Cristóbal, pues las demas que entra-

ban en ella del rio de Chalco, del de Guadalupe y otras partes, no solo no eran perjudiciales, sino hasta necesarias para los mencionados objetos de navegacion de las canoas y servicio de la ciudad, mayormente en la estacion de secas en que el agua podria hacer falta por la cantidad grande que consumian el viento y el sol en verano. Que concluido el desagüe de Huehuetoca, que se mandaba proseguir, y perfeccionado, no se cobrara mas la sisa impuesta al vino.»

Por motivos que se ignoran, esta Real Cédula, aunque fué recibida oportunamente y se acordó su cumplimiento, no se hizo pública, como hemos dicho, sino hasta el año de 1620, y en vista de ella el Ayuntamiento aprobó en Cabildo celebrado el 21 de Agosto, se hiciera una visita al desagüe, cuyas obras aun no se terminaban, aunque había prometido lo contrario Enrico Martin; que dictaminara acerca de ellas de nuevo Adrián Boot, y que de acuerdo con el virrey y Audiencia se diera cuenta á Su Majestad, como en efecto se dió, enviando las diligencias en la flota que salió en 1622.

En tal estado hallábase el asunto, cuando sucedió al marqués de Guadalcázar en el virreinato, D. Diego Carrillo Mendoza Pimentel, conde de Priego y marqués de Gelves, quien habiendo ido á visitar las obras del desagüe, en 26 de Marzo de 1623, con asistencia del Doctor Galdo de Guzmán, que fungía como juez Superintendente de las obras, cargo que se creó desde entonces; de Simón Enríquez, depositario general, y de los regidores y comisarios que habían venido á la visita, mandó comparecer al paraje donde se hallaba, que llaman Xalpa, en el pueblo de Huehuetoca, á Enrico Martin, maestro mayor de las obras; Adrián Boot, ingeniero; Jerónimo Farfán, maestro mayor de las obras y fuerzas del Castillo de San Juan de Ulúa, y al Padre Francisco Ruano, beneficiado de Teoloyucan, persona que tenía práctica y experiencia de más de diez y ocho años en lo referente al desagüe. A todos hizo diferentes preguntas para informarse del estado de la obra, y oído sus votos y opiniones, y después de examinar la Carta Plano que se le enseñó, manifestó que habiendo observado que existían muchas confusiones y dudas, que como no se sabía con certeza la extensión de las lagunas de México y sus alrededores, ni lo que subían ó bajaban respectivamente en los tiempos de lluvias ó secas, ni lo que aumen-

taban el caudal de ellas los ríos y avenidas que allí desembocaban, ó si se divertían por las obras que se habían hecho; datos indispensables para poder apreciar el verdadero daño que causaban dichas aguas á la ciudad de México, y resolver si era ó no útil la fábrica del desagüe, con el objeto de hacer la más propia y segura experiencia, «y acavar de entender de una vez el caso,» ordenaba: «que se dejaran á la laguna todas sus corrientes que antes tenia, echando en ella el rio de Cuauhtitlan, que á la sazón desaguaba por el tajo y tunel de las obras, y que esto se hiciera durante un año para saber que tanto subia el agua de los lagos.» Los maestros presentes aprobaron y fueron de la misma opinión que el virrey, no sabemos si por convicción ó sólo por no contrariar á tan elevado personaje.

Como consecuencia del anterior acuerdo vino otro de 29 de Abril de 1623, en el que mandaba el virrey que se suspendieran las obras del desagüe desde el último día del mes de Mayo próximo, «y el mismo día el dicho Henrico Martinez alze la mano de la obra, y despida los indios que están destinados, y van á ella, y á los sobrestantes, y demás oficiales que ay salarizados, y este tiempo procure perficionar las partes de la obra donde al presente se trabaja, y las demas que fuere necesario. . . .»

Es decir, de una plumada hacía retrogradar todo, al estado anterior á las obras emprendidas para defensa y seguridad de México contra las aguas que la inundaban. En tal virtud se rompieron diques, se abrieron compuertas, y el río de Cuauhtitlán volvió á seguir su curso primitivo.

Tan atrevida é inoportuna experiencia costó muy caro á la ciudad. Pronto, como veremos, las aguas crecieron notablemente, los lagos se llenaron de ellas, y el abandono de las obras antiguas, junto con la apatía que demostró el virrey, preocupado con los graves asuntos del orden político que entonces acaecieron, prepararon como de propósito las causas que determinaron la más grande y terrible inundación que sufriera México en 1629.

Para poder apreciar el aumento de las aguas del lago, y de orden del mismo virrey, Adrián Boot, el 13 de Junio del mismo año de 1623, colocó cuatro señales dentro de la laguna, distantes cien varas del albarradón de San Lázaro, y que consistían en cuatro es-

tacas de morillo, bien fijadas y clavadas, dejando descubierta media vara de ellas sobre la superficie del agua. Por nueva orden del virrey, de 19 de Octubre del citado año, personas competentes, entre ellas Enrico Martín y Adrián Boot, fueron á examinar las dichas señales, con el objeto de saber el fruto que había resultado de la *experiencia* ordenada por el dicho virrey, tanto más cuanto el año había sido abundante en lluvias, y desde el 13 de Junio hasta el 19 de Octubre, hallaron que había subido la superficie de la laguna la media vara descubierta de los morillos, menos dos dedos, y que este peso era igual en toda ella, por no soplar viento y estar sosegada.

Como resultado de esta diligencia, el ingeniero Boot fué de parecer que las aguas del Norte que entraban en la laguna eran las que no presentaban ningún peligro, sino las del Sur procedentes de Chalco, Mexicaltzinco y demás de los ejidos. Por el contrario, Enrico Martín opinó que el peligro estaba en el río de Cuauhtitlán y avenidas de Pachuca, que habían aumentado el caudal de la laguna, la cual de año en año iría disminuyendo en capacidad, por la tierra y lama que se iba depositando en su fondo, hasta desbordarse sobre la ciudad, por la diferencia de nivel, y que por menos agua que recibiera de dicho río y avenidas, no podría menguar la cantidad que había recibido en aquel año, y aun suponiendo que los venideros sólo aumentara un dedo, llegaría á producir la inundación. Que estando para concluirse las obras del desagüe, por ellas se debían divertir el río y las avenidas, y dejar á la laguna la capacidad suficiente para contener las otras aguas.

Tres años gastó, desde 1624 hasta 1627, el Ayuntamiento de México en hacer inútiles gestiones para poner remedio á los funestos estragos que causó la peregrina *experiencia* del marqués de Gelves, y nada práctico se hizo durante el Gobierno de la Audiencia que le sucedió, ni en los principios del virreinato del marqués de Cerralvo que le siguió. Juntas, visitas á las obras, comisiones de regidores, pareceres de peritos, proposiciones de Boot y de Enrico Martín, en esto se emplearon los tres años dichos. Empero, las opiniones de los más sensatos y competentes estuvieron unánimes en que las aguas del Norte constituían la verdadera amenaza para México. Mientras el río de Cuauhtitlán, decían, vertiera sus aguas